

LA ERA DEL INDIVIDUO TIRANO

El fin de un mundo común

Sadin, Éric

La era del individuo tirano: el fin de un mundo común
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2022
304 p.; 20 x 13 cm. - (Futuros próximos; 43)

Traducción de Margarita Martínez
ISBN 978-987-48226-4-2

1. Tecnologías. 2. Redes Sociales. 3. Liberalismo
I. Martínez, Margarita, trad. II. Título
CDD 302.231

Título original: *L'ère de l'individu tyran.*
La fin d'un monde commun (Bernard Grasset)

*Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme
d'aide à la publication Victoria Ocampo, a bénéficié du
soutien de l'Institut français d'Argentine.*

Esta obra, publicada en el marco del Programa de
ayuda a la publicación Victoria Ocampo, cuenta con el
apoyo del Institut français d'Argentine.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2020

© Caja Negra Editora, 2022

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey
Coordinación: Sofía Stel
Diseño de colección: Consuelo Parga
Diseño de tapa: Emmanuel Prado
Maquetación: Cecilia Espósito
Corrección: Mariana Gaitán y Eva Mosso

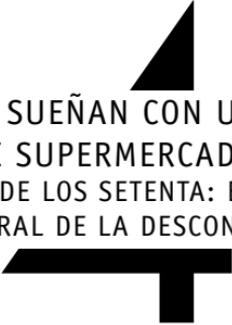
ÉRIC SADIN

LA ERA DEL INDIVIDUO TIRANO

El fin de un mundo común

Traducción / Margarita Martínez

CAJA 
NEGRA
FUTUROS
PRÓXIMOS



“USTEDES SUEÑAN CON UN FUTURO
DE SUPERMERCADO”
[LA CRISIS DE LOS SETENTA: EL MOMENTO
INAUGURAL DE LA DESCONFIANZA]

En el destello de unos diez años, las conciencias pasaron de la fe colectiva, de la verificación generalmente sentida respecto del valor del modelo, a la constatación más amarga según la cual se instalaba sin pausa una gigantesca máquina económico-política estrictamente destinada a producir, a disciplinar y a consumir. Los inicios de los años setenta fueron el momento de la crisis del petróleo, de la competencia económica ejercida de ahí en más a escala internacional y del comienzo de la deslocalización de las empresas. Se multiplicaban las declaraciones de quiebra y el desempleo comenzó súbitamente a aumentar. Los noticieros televisivos contaban a intervalos regulares historias de contingentes de personas azoradas a las que se les pedía sin miramientos que dejaran el empleo mientras que ellas pensaban que tendrían trabajo de por vida. Hubo una enorme cantidad de destinos brutalmente destrozados. Estas personas terminaron muchas veces cayendo en el alcohol, el aislamiento, la tristeza. En ese momento, los niños, al volver de la escuela, empezaban

a ver a sus padres dando vueltas en sus casas sin rumbo, posiblemente por largas horas. Los gobiernos, que se pensaba que preservarían a las personas de las vicisitudes de la existencia, se revelaron impotentes, pese a los continuos discursos que pretendían ser tranquilizadores. Esta desilusión, que era cada vez más espesa, fue el terreno de una memoria individual y colectiva que no se borraría, ya que llevaba la marca del desencanto, del abandono, de la traición. En realidad –solo lo descubrimos hace poco–, sería indeleble para siempre, se transmitiría, de modo más o menos silencioso, de generación en generación, y formaría una primera reserva de levantamientos siempre listos para aparecer:

¿Qué es la Historia, en el fondo? ¿La Historia es simplemente un asunto de acontecimientos que dejan detrás cosas que se pueden pesar y medir –nuevas instituciones, nuevos códigos, nuevas reglas, nuevos vencedores y nuevos perdedores–, o no es acaso, también, el resultado de momentos que parecen no dejar nada detrás de ellos, excepto el misterio de conexiones espectrales entre personas muy alejadas en el espacio y el tiempo, pero que hablan un mismo lenguaje?¹⁸

Y cuando las personas ejercen todavía una actividad, se constata que, bastante más que una sociedad de consumo, lo que triunfa es un mundo en vías crecientes de racionalización que arrastra con él una presión continua sobre los cuerpos y los espíritus. El término *surmenage* apareció a inicios de los años setenta, en el momento en que la mayor parte de la gente, para vivir o sobrevivir, fue obligada a plegarse a ritmos de transportes y a una vida cotidiana cada vez más agobiante. Gran cantidad de esas personas se dirigieron entonces al confort del

18. Greil Marcus, *Rastros de carmín*, op. cit.

universo doméstico, cuyo Grial era el refugio mullido del chalet de los suburbios. Se buscaba huir de las realidades esclavizantes en la medida de las posibilidades. Fue también el momento de auge del turismo de masas favorecido por el automóvil, las casas rodantes, los aviones de línea de recorridos largos y gran envergadura, cuya insignia era el Boeing 747, colocado en el mercado en 1970. La aparición de la tabla de *skate* en los inicios de esa década daba la sensación de que deslizarse sobre el pavimento permitía liberarse de la pesadez de la vida ordinaria e improvisar figuras singulares que se emparentaban con otros momentos de plena autonomía y gracia.

Y en las calles estropeadas de las ciudades estadounidenses, por ejemplo, la gente se perdía en el consumo de drogas. Se cubrían las paredes o las líneas del metro con grafitis que daban testimonio de la presencia de muchas existencias ignoradas y anónimas que sabían, al menos, inventar modos propios de hacerse escuchar. En el gueto del South Bronx, aparece una música nueva, el hip-hop, cuyos autores abandonan el canto en beneficio de la proclama contestataria que denunciaba particularmente la indiferencia de los responsables políticos respecto de las poblaciones negras o de los latinos sin trabajo. Solo algunas decenas de cuadras más al sur, en el Upper East Side, en el Manhattan ultrachic, se bailaban, dentro de un desencantamiento extático, melodías disco, asépticas, en las cuales las voces andróginas de los Bee Gees, en 1977, repetían en bucle y hasta el vértigo: "*Life goin' nowhere/ [...] I'm staying alive*" [La vida no va a ninguna parte/ (...) pero sigo vivo].

Durante ese mismo año, una Inglaterra en jirones conoce un récord histórico: el país censa más de un millón de desempleados. Londres está lleno de bolsas de basura y residuos por una huelga eterna de los recolectores que sigue a otros movimientos sociales. Parece muy lejana la

época en la cual, al salir de la guerra, el Partido Laborista prometió prosperidad y bienestar generalizado. Entonces, jóvenes vestidos con harapos atravesados por alfileres de gancho, con el fin de sujetarlos, empiezan a raparse la cabeza, pretendiendo de ese modo burlarse del candor de los hippies, que planean escuchando a Pink Floyd y todavía creen en la fábula del "Peace and Love". Es el nacimiento del movimiento punk, que toma nota de modo conflictivo del fracaso definitivo del proyecto político que desde décadas atrás afirmaba falazmente querer obrar por el progreso económico y social. Sobre sonidos chillones y negándose a toda armonía, las voces se desgañitan y las bocas escupen sobre los espectadores como una manera de manifestar la rabia frente al caos en curso. Los Sex Pistols y Johnny Rotten, suerte de Cuasimodo versión Teddy Boy, aúllan "No future" y proclaman "Anarchy for the UK": "Soy un anticristo,/ soy un anarquista/ no sé qué quiero/ pero sé cómo conseguirlo/ quiero despedazar transeúntes [...]/ quizá detengo el tráfico en el momento equivocado/ el sueño futuro de ustedes es un centro comercial/ porque yo quiero ser la anarquía".

Más allá de su apariencia nihilista, esta deflagración revestía un alcance político. En diciembre de 1976, el fanzine *Sideburns* publicó una ilustración bajo la forma de tablaturas que mostraban tres acordes: un La, un Mi y un Sol, a los cuales se agregaban las siguientes menciones: "He aquí un acorde, acá otro, allá un tercero, ahora armá tu propio grupo". Se impone así la evidencia del "Do It Yourself" (DIY), hazlo tú mismo, que llegará a metamorfosearse en un eslogan todavía más categórico: "DIY or Die", hazlo tú mismo o muere. La fórmula ratifica la necesidad de salir de la situación por los propios medios sin esperar ya nada de nadie. Una constatación que, más allá de la escena punk, parece caracterizar más ampliamente el nuevo *ethos* de la época que mostró el "pasaje de la autonomía como aspiración a

la autonomía como condición en el seno de las sociedades industrializadas".¹⁹

La disciplina histórica, en general, se basa en hechos que se cuentan en los anales o en los periódicos, a veces en testimonios y correspondencias privadas. En cambio, se apoya poco –quizá porque implica una dimensión menos objetiva y cuantificable– en el análisis de la psicología de las multitudes que, sin embargo, de hacer el esfuerzo de aprehenderla con atención, sería capaz no solo de revelarse instructiva sino también de iluminar, bajo otra luz, situaciones pasadas. Al respecto, hacia el último tercio de los años setenta, en todos lados en Occidente se vivió un primer y masivo traumatismo colectivo como resultado de la desintegración progresiva del pacto de confianza que, hasta poco tiempo atrás, tenía la adhesión de la mayoría y daba sentido a la propia vida así como, de algún modo, a la vida de la sociedad. Se produjo un quiebre, una herida cruel que –lo captamos hoy– sería imborrable. Constituiría el fermento del resentimiento, de las revueltas y de las insurrecciones que consciente o inconscientemente, y a veces décadas más tarde, se referirían a él como el instante inaugural de la traición moderna, porque, como lo adelantaba Pietr Kropotkin, "la tempestad tiene origen en el pasado, en las regiones lejanas. La bruma fría y el aire cálido lucharon durante mucho tiempo antes de que la gran ruptura del equilibrio –la tempestad– se formara".²⁰

El keynesianismo se mostrará incapaz de acompañar la crisis e interpretarla. Los episodios de *stagflation* favorecieron que volvieran a gozar de gracia las tesis ultraliberales y la política de la oferta. En 1974, Friedrich Hayek

19. Alain Ehrenberg, *La Société du malaise*, París, Odile-Jacob, 2010, p. 189.

20. Pierre Kropotkine, "La révolution qui vient", en *Agissez par vous-mêmes*, París, Nada, 2019.

obtuvo el llamado “premio Nobel de Economía” después de haber afirmado que, lejos de los imperativos de redistribución social de la riqueza y otras pamplinas humanistas, el modelo que él preconizaba constituía, de ahí en adelante, el único horizonte razonable y abordable. Muy pronto, sería adoptado más o menos abiertamente por un número creciente de gobiernos de todo el mundo. Había llegado la hora del individualismo liberal radical o desacomplejado. Y llegaría a tal punto que, con toda seguridad, haría revolverse en su tumba a John Locke.